

PRÓLOGO
JOSÉ SANCHIS SINISTERRA

La ciencia consiste en mirar más lejos, en darnos cuenta de que nuestras ideas, a menudo, son muy inadecuadas en el momento en que abandonamos nuestro pequeño jardín. Consiste sobre todo en desenmascarar nuestros prejuicios.

CARLO ROVELLI

El arte, en general, y el teatro en particular consisten más o menos en lo mismo...

JOSÉ SANCHIS SINISTERRA

Debo reconocer que, hoy por hoy, el título de este libro, *La escena de Anaximandro*, no me resulta tan adecuado e ilustrativo como cuando se me ocurrió proponerlo, durante la puesta en marcha de un proyecto tan infrecuente como lo era reunir a dramaturgos y especialistas de diversos campos científicos para generar un «objeto escénico», es decir, un espectáculo teatral.

En aquella circunstancia, la figura de Anaximandro, que hace veintiséis siglos, en Mileto (costa oeste de la actual Turquía), prescindiendo de dioses y de potencias sobrenaturales, sentó las bases del pensamiento racional y abrió para el ser humano el afán indagatorio y la necesidad de repensar una y otra vez el mundo; tal figura,

digo, atribuyéndole, además, una «escena», me evocaba sin duda un fértil entrelazamiento de arte y ciencia. Y quise que el proyecto, en cierto modo, le rindiera homenaje. Pero también percibí que, como título, dejaba que desear...

De ahí que el subtítulo *Encuentros de teatro y ciencia* define mejor esta confluencia, cuyos frutos ofrecemos en el libro que acaban de abrir. Y lo hace con más precisión y vaguedad —valga la contradicción— que otras posibles denominaciones, como por ejemplo: «teatro científico», «teatro de las ciencias», «la ciencia en el teatro» o, peor aún, «temas y personajes científicos en escena»... El término *encuentros*, en mi opinión, dibuja más sinceramente la diversidad con que los autores y autoras que se prestaron a participar en esta propuesta de Nuevo Teatro Fronterizo, desencadenada e impulsada por TeatrIEM, afrontaron el «encargo» de escribir un texto dramático breve, cuya temática o estructura formal estuviese relacionada con algún aspecto de la actividad científica. Como puede advertirse, la mencionada propuesta era lo suficientemente laxa para que cada cual concediera a dicho encuentro —entre teatro y ciencia— la forma, la distancia, la duración, la intensidad, el tono, etcétera, que sus circunstancias e inclinaciones le dictaran.

Por añadidura, los textos dramáticos que aquí se publican fueron el resultado de los encuentros personales que tuvieron lugar entre los dramaturgos propuestos por el NTF y los científicos convocados por el CSIC, encuentros tanto grupales como particulares. De ahí que el libro

contenga no solo las cinco obras teatrales, sino también otros tantos artículos que abordan, desde la perspectiva de la ciencia, los diversos territorios que transitan los personajes en su humilde textura teatral.

Pero me apresuro a aclarar, hablando en nombre de los autores, que sus pequeñas obras no pretenden ser una ilustración o «traducción» escénica de los complejos ámbitos investigativos expuestos por los científicos. Parte de su contenido, oralmente expuesto, formó parte, sin duda, de las conversaciones mantenidas entre unos y otros durante el proceso de elección y escritura, a algunas de las cuales tuve la suerte de asistir en La Corsetería, entonces sede del Nuevo Teatro Fronterizo.

Y al espíritu que afloraba en tales encuentros quiero referirme, para concluir esta innecesaria introducción, ya que cristalizaba en ellos lo que había sido, desde sus inicios barceloneses a finales de los años setenta hasta hoy, nuestra vocación profunda por explorar las fronteras del teatro con otras prácticas artísticas (narrativa, cine, danza, artes plásticas...), con otros dominios del saber (filosofía, física, botánica, neurociencia, historiografía...), con otros contextos culturales y geográficos (fundamentalmente, Latinoamérica), con otros sectores sociales (emigrantes, refugiados, colectivos en riesgo de exclusión...), con otros horizontes históricos (la conquista del Nuevo Mundo, la guerra civil española, el exilio anónimo, el franquismo) y, muy en especial, nuestra igualmente profunda convicción de que es en los diálogos entre las artes y las ciencias donde se encuentran

las energías fundamentales para suscitar el crecimiento —no el progreso, no la innovación, no la modernización— de la Cultura, con mayúscula.

Por no ceñirnos sino a la literatura occidental, bastaría para refrendar lo dicho con evocar la creciente presencia de la temática, el pensamiento, el discurso e, incluso, la clave compositiva procedentes del pensamiento científico que operan en el seno de la obra de autores como Rabelais, Swift, Poe, Flaubert, Tolstoi, Dostoievski, Proust, Musil... Y en cuanto a la interacción entre las ciencias y el teatro, podríamos señalar como precursora a la breve y poderosa trayectoria de Georg Büchner, cuyas obras integran el compromiso revolucionario con su condición de «fisiólogo»; o mencionar la encrucijada vital y artística entre química y alquimia (y delirio) de la que brota la obra de August Strindberg; y el materialismo dialéctico que fundamenta el pensamiento y la estética de Bertolt Brecht; o la mirada sarcástica sobre los «físicos» de Dürrenmat; y la exigente poética de Armand Gatti, capaz de articular en su teatro la mecánica cuántica y la teoría de grupos de Galois con el ideario político anarquista. Y un largo etcétera.

Pero no querría cerrar esta incompleta relación sin incluir en ella —como colofón que me es muy próximo— a Samuel Beckett, cuya producción, tanto teatral como narrativa, según reflejan sus cuadernos de 1930 en adelante, se nutre de algunas de las revoluciones epistemológicas que sacudieron su época... y que siguen vigentes en la nuestra. En sus notas de lectura, figuran

libros de astronomía, geología, biología, ciencias físicas, psicología... En particular, su interés por la termodinámica y el concepto de entropía, así como por el teorema de Gödel y sus inexorables secuelas lógicas del principio de incertidumbre y de la indecidibilidad discurren —aunque a menudo travestidos— por los dramáticos y otros «textos para nada» del genial irlandés. Para mayor inri de quienes aún hoy tildan sus obras de «teatro del absurdo»...